

báculo en la mano, el obispo avanzaba con un paso majestuoso, repartiendo con la mano levantada bendiciones a derecha e izquierda sobre el pueblo piadosamente arrodillado. Se llegó a la catedral al son de las campanas, y a los majestuosos acordes del órgano. *Te Deum*, sermón y bendición pontifical. ¡Cómo no habían de llamar la atención estos esplendores a un niño de diez años!

Pero volvamos a mis estudios de latín en casa del cura de Montigny.

M. Mirbel, cura decano de Montigny, era casi el rector del país, donde figuraba por sí solo más que el institutor, el alcalde y todo el ayuntamiento reunidos. Mi madre no pensaba más que por él, y ambos estaban bien de acuerdo para dirigirme hacia la vía eclesiástica. Por otra parte, el seminario de Langres era reputado por la fuerza de sus estudios y por la severidad de su educación. La enseñanza del latín era allí extremadamente cuidadosa. La verdad es que yo no llevé allí mis estudios más lejos del cuarto año, y estaba casi a nivel de las exigencias del bachillerato.

VI

angres. — El pequeño seminario y la capilla de la catedral. — Estudios musicales. — Invención de un litófono. — Clases de latín. — Recuerdo de Diderot. — El cometa de 1853. — El Mont-Blanc visto desde Langres. — Estudios sobre las corrientes de agua. — El latín y el griego. — De qué dependen nuestros destinos.

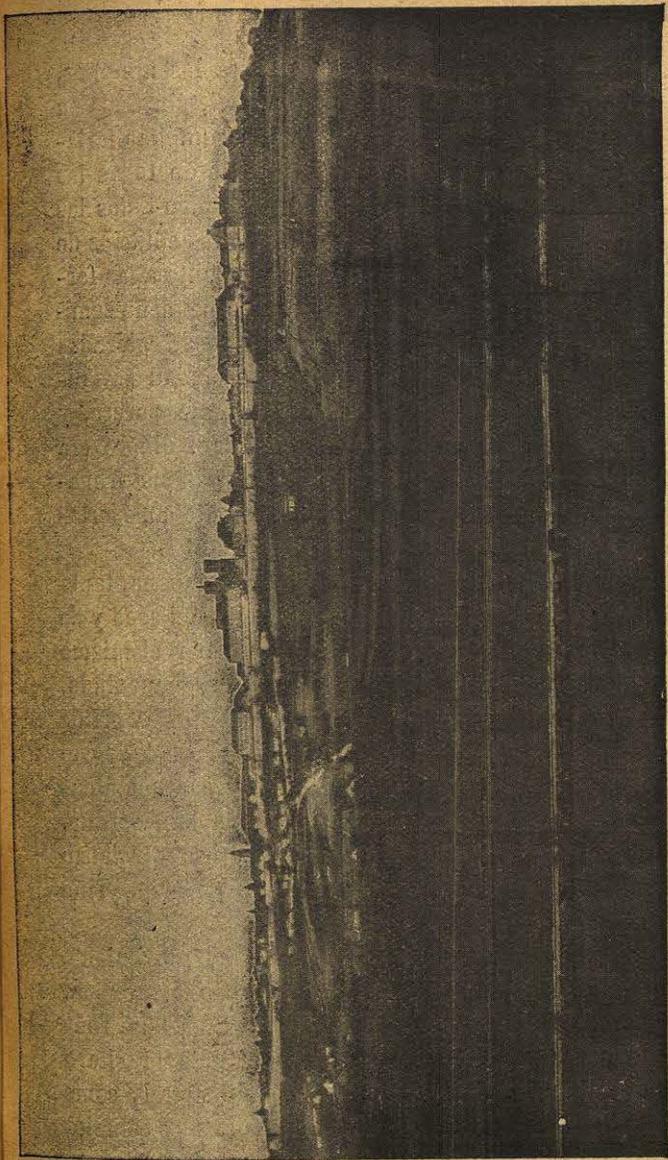
Había en Langres un medio bastante económico para hacer sus estudios clásicos: este era la capilla de la catedral, por lo menos para los niños dotados de una bonita voz y destinados al estado eclesiástico. Mis padres escogieron este medio, porque, a la verdad, no podían escoger otro. Había conseguido hacer mi preparación para el latín, a la edad de nueve años, en casa del cura de Montigny, y mi primer año a la edad de diez años. En las vacaciones de Pascuas de 1853, a los once años, entraba en la capilla y empezaba mi segundo año, terminado en 1854. Hice el tercero en el año escolar de 1854-55, y el cuarto en 1855-56.

Estos años, desde 1853 a 1856, reservaban a mis padres las más crueles pruebas. De un golpe cayeron desde un modesto bienestar a la más completa ruina. Mi padre había creído aumentar su capital comprando en las inmediaciones de Montigny, en Récourt, un

tejar bastante acreditado, con terrenos para la extracción de arcilla y bosques para la calefacción de los hornos, asociándose para ello con el propietario. Éste era simplemente un tramposo, y el acto de asociación engañaba a mi padre sobre todos los puntos. Las fechas de pagos llegaban sin que el establecimiento produjese un resultado sensible. El año 1854 trajo el cólera a Montigny con una tal intensidad, que la quinta parte de los habitantes sucumbió y la población cayó de 1.340 habitantes a menos de 1.100. Hasta no se podían hacer ya las cajas para enterrar a los muertos, y mi padre se vió obligado a llevar él mismo a su padre y a su madre, muertos con dos días de intervalo, a una larga fosa que se había abierto a toda prisa contra el muro de la iglesia. A su vez cayó enfermo, y mi madre, extenuada de fatiga, apenas si tenía fuerzas para cuidarlo. Poco faltó para que, a su vez, fueran víctimas de aquella espantosa epidemia. El asociado de mi padre habitaba en Langres y continuaba tranquilamente la organización de la ruina. Las fechas fatales de los pagos llegaron. Más de un ciudadano se hubiera plantado allí aceptando la quiebra y llevándose su pequeña fortuna.

Mis padres prefirieron la ruina, pagaron todo, vendiendo lo que poseían, campos, prados, huertas, la casa con todos sus muebles, el caballo, el carruaje, la carreta, en una palabra, todo lo que tenían, y, armándose de coraje, marcharon a París, para ensayar de volver a empezar una nueva vida.

Creyeron primero poderme dejar continuar mis estudios. Los gastos no eran grandes y el bondadoso cura de Montigny les ofreció encargarse de ellos desde el segundo año, 1854.



Cliché A. Tallon-Petit, en Langres.

LA CIUDAD DE LANGRES Y SUS FORTIFICACIONES

1854
 LANGRES
 LANGRES

La instrucción se daba gratis para los alumnos, estando a cargo de la renta episcopal, sin duda en cambio de los deberes que la capilla cumplía diariamente en la catedral, para el servicio de todas las misas y todos los oficios y para el canto en todas las ceremonias. Se hacían los estudios en los edificios de la capilla, antiguo palacio episcopal, junto a las fortificaciones y se seguían las clases del pequeño seminario. Todos los alumnos eran externos, colocados en pensión en diversas casas de la ciudad severamente escogidas, en general, según me parece, y todos de condición mediana, porque el dinero era raro en sus bolsas, y las comidas eran de una frugalidad monacal. Mis gastos no representaban ciertamente un franco por día, todo comprendido.

Nos levantábamos a las cinco de la mañana, tanto en invierno como en verano, y después del aseo y de la sopa, íbamos a la capilla, siempre por el mismo camino. Todo estaba puntualmente reglamentado. Comida a medio día, cena por la noche, programa de las clases, estudios y recreos determinado todo con precisión y completamente clásico, y con una atención particular para el latín; la historia, la geografía, la gramática francesa, y las matemáticas quedaban para después. Se seguían los cursos en el pequeño seminario.

Langres era una ciudad aislada del movimiento del mundo, empapada completamente en la devoción, y silenciosa como un claustro de la Edad Media. Todo hablaba allí religión y milagros, y todo gravitaba hacia la iglesia. Diderot, nacido en Langres, como todo el mundo sabe, había empezado sus estudios clásicos allí donde yo iba a empezar los míos, y,

coincidencia bastante curiosa, se me afirmó después, que la sala donde había trabajado, situada en el antiguo obispado e inmediata al coro de la catedral, sobre las fortificaciones del este, era precisamente en la que 128 años antes, el futuro autor de la *Encyclopédie* había aprendido primero a traducir los clásicos del siglo de Augusto. Yo tenía, sin saberlo, un predecesor de famoso augurio. Pero entonces, Diderot era infamado y detestado en todo el país; se destruían los volúmenes de la *Encyclopédie* dondequiera que se podían encontrar, y no podía sospechar que un día mi futuro amigo Bartholdi elevaría en la más bella plaza de Langres la estatua que se admira ahora allí.

El establecimiento estaba dirigido por tres hombres distinguidos, tres hermanos, los señores Couturier, todos tres sacerdotes, de espíritu poco escrupuloso, emancipados de toda santurronería, convencidos, por otra parte, de la verdad de la doctrina cristiana, pero apegados, en apariencia, sobre todas las cosas, a la *Suma teológica* de Santo Tomás. Los ejercicios religiosos no tenían nada de exagerado y, si seguíamos los oficios (por oficio, por decirlo así), era un poco como todos los fieles de la parroquia. El domingo por la tarde, un curso de instrucción religiosa desarrollaba ante nuestras almas jóvenes los fastos de la historia del cristianismo. De cuando en cuando, un sermón paternal del superior, el padre Barrillot, vicario general, comentaba, la mayor parte de las veces, los consejos del apóstol San Juan: « Amaos los unos a los otros ». Ideas generales y nada de clerical. Hasta me parece que los hermanos de la Doctrina cristiana eran poco considerados por el seminario y la capilla.

Allí se tenía horror al carácter misterioso conocido con el nombre de « jesuitismo ». El primer precepto que se nos había inculcado era el de *la dignidad de sí mismo*, lo cual tiene su importancia en la vida de un hombre honrado. Este precepto había sido la base de toda la educación de mi infancia.

Los señores Couturier eran hijos de un molinero de Perrancey, aldea de las inmediaciones de Langres, a unos cinco kilómetros, y a la orilla de un riachuelo.

Algunas veces, en medio del verano, en tiempo de las cerezas, en la fiesta del director, Didier Couturier, nos reunía en el molino en un gran almuerzo, después del cual nos dispersábamos en un encantador paisaje para volvernos a encontrar a las cuatro de la tarde y tomar un baño general. Me recuerdo haber estudiado allí, contra las ruedas paradas del molino, crustáceos acuáticos de las formas más curiosas.

Todos los miércoles por la tarde se nos llevaba de paseo a unos dos kilómetros de la ciudad, sobre la montaña al oeste de Langres, al mismo nivel que la meseta, muy diferente, geológicamente, a la región de Bourmon, desprovista de fósiles, pero sobre la que se encuentran piedras planas delgadas y sonoras.

Esta montaña de Buzon, donde se efectuaban nuestros recreos del miércoles, estaba cubierta de piedras. Al escombrarla para preparar un terreno casi liso, reuníamos los morrillos más gruesos haciendo muros y torres. Había notado cierto número de latas particularmente sonoras, que, colocadas sobre el musgo y tocadas con un martillito de piedra, daban notas muy agradables. Llegué a formar varias escalas completas, en una especie de armónica en teclado circular, a cuyo instrumento, di el nombre de litófono, como

aplicación de las raíces griegas. Cuando una piedra daba un tono un poco inferior, aunque no fuese más que de una coma, bastaba con quitarle un pequeño pedazo para ponerla a tono. Sobre este piano de nuevo género tocaba yo los aires más conocidos, tales como el de *Guillermo Tell*: « Tú a quien el pájaro no seguiría... », el de los *Bagnerais*, sin contar el elemental *Au clair de la lune*, y otras cien fantasías. Mis camaradas se divertían mucho y añadían varias veces un acompañamiento a la sordina que daba un poco de fuerza al tema.

En la capilla se tenía mucho cuidado en la enseñanza de la música, y uno de mis condiscípulos, Nicolás Couturier, sobrino de los profesores, ha llegado a ser célebre en la composición musical. Aprendí las reglas del contrapunto. Queriendo imitarlo, sin duda, había yo compuesto algunos trozos a los que puse por título *Nugá Canora*, como si dijera « Bagatelas cantantes ». Por mi parte, estaba dotado de una voz de una gran pureza. Posteriormente he referido con frecuencia a mi amigo Camilo Saint-Saëns que me hubiera agradado ser músico, y en cambio, él me ha confiado muchas veces por su parte, que su más vivo deseo hubiera sido ser astrónomo. Por ventura, ¿Urania y Euterpe no son hermanas?

Desde la montaña, la vista de Langres era espléndida. Las torres de la catedral Saint-Mammés, el campanario de la iglesia de San Martín, la cúpula del hospital y las fortificaciones, formaban un verdadero cuadro, sobre todo a la luz de las últimas horas de la tarde. Me habían prestado una lente muy transparente y de bastante fuerte curvatura para encender madera a los rayos del sol. Me serví de ella para

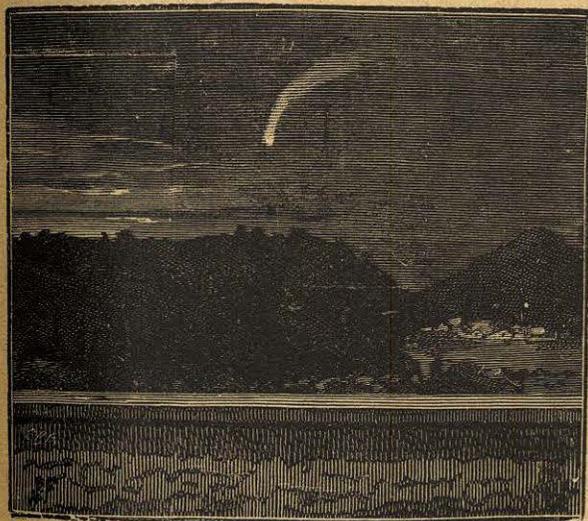
construir una cámara oscura en cuyo fondo se revelaba el paisaje invertido, perfectamente neto y de intenso color. Más de una vez dibujé allí la silueta de la ciudad, sintiendo no conocer los procedimientos del daguerreotipo, del que se nos empezaba a hablar en el curso de dibujo.

Con tubos de cartón, había igualmente construido un microscopio bastante bueno con el que observábamos los insectos capturados.

En la misma propiedad de la capilla había, hacia la parte de abajo, un bosquecillo de una agradable frescura. Me acuerdo haber plantado allí nueces triangulares de nogal de América, que me habían sido enviadas por un tío, hermano de mi madre, entonces en la Luisiana (mi tío Carlos de que he hablado anteriormente). Yo no sé si han germinado. Republicano entusiasta, mi tío, víctima del 2 de diciembre, tuvo que escapar y desterrarse en los Estados Unidos. Este era « un tío en América », pero los hay de todos géneros, y éste no ha hecho allá fortuna.

El primer año de mi permanencia en Langres, me gratificó con un espectáculo celeste bastante raro. Durante las bellas y tibias tardes del mes de agosto, antes de las vacaciones, que no empezaban sino al día siguiente de la Asunción, nuestro propietario, M. Lavrillet, conducía sus cuatro pequeños pensionistas, incluso su hijo, que era de mi edad, a dar una vuelta por las fortificaciones. Los panoramas inmensos que desde allí se desarrollaban a la puesta del sol, eran bien pronto reforzados por la presencia de un cometa, bastante brillante para ser visible a simple vista, después de la puesta del astro radiante y la

extinción de las glorias resplandecientes del crepúsculo. Sin igualar al esplendor de los cometas gigantes que hemos admirado después en 1858 y 1861, ofrecía el aspecto de un penacho luminoso ligeramente encorvado y atraía todas las miradas. Durante las dos primeras semanas de agosto, una parte de la



El cometa de 1853, visto desde lo alto de las fortificaciones de Langres.

población langresa iba todas las noches a las fortificaciones del oeste, hacia la torre de Navarra. Venida del norte, la aparición misteriosa avanzaba cada noche en la dirección del oeste, aumentando su brillo, porque se aproximaba a la Tierra y al Sol, debiendo pasar por su perihelio el 1° de septiembre. No conocíamos esta marcha astronómica calculada, y el astro cabelludo permanecía envuelto para nos-

otros en la aureola del misterio. Se veía más bien en él un signo celeste o una indicación de Dios que anunciaba probablemente una guerra. Los hombres han buscado siempre una excusa a sus necedades sobre la influencia del Destino, sin reconocer que son ellos mismos los propios artesanos de sus desgracias. Verdaderamente, la inútil guerra de 1854 con la Rusia que dejó 800.000 víctimas sobre los campos de batalla o en los hospitales (!800.000!), no tardó en prepararse por la diplomacia; pero la aparición celeste no tuvo nada que ver en esto, y lo que sólo supimos en una lección del día siguiente fué que la palabra cometa deriva del latín *coma*: cabellera.

Ensayé hacer un dibujo de aquel curioso viajero etéreo, que, mucho tiempo después, encontró su puesto en mi *Astronomía popular*, y que reproduzco aquí.

Durante las vacaciones de 1853, el 2 de octubre, Arago murió a los sesenta y siete años de edad. Había nacido el 26 de febrero de 1786. Al domingo siguiente, en la iglesia de Montigny, en el sermón, el erudito cura Mirbel hizo un elogio del muerto que me llamó mucho la atención. Habló del sabio y patriota director del Observatorio de París, del hombre honrado a quien el emperador tuvo el buen acuerdo de dispensar el juramento al imperio, que el viejo republicano había rechazado prestar, y de la belleza de la ciencia y la grandeza de la astronomía.

A mi regreso a Langres, durante el invierno de 1853-54, un espectáculo notable interesó mi vista y mis sentidos. Aquel cuadro de la naturaleza se podía observar antes de salir el sol, en las mañanas

de diciembre y, en mi trayecto matinal uniforme á lo largo de las fortificaciones del este, y al ir desde mi casa de huéspedes a la capilla, fui más de una vez testigo de él.

En efecto, desde lo alto de las murallas, el panorama es frecuentemente maravilloso antes de salir el sol; una niebla opaca se extiende sobre la llanura dominada por la antigua ciudad de los lingones, y su superficie representa una especie de mar blanco lleno de surcos vedijosos, un océano de algodón en rama, digno preludio de lo que yo debía contemplar



El Mont-Blanc, visto desde Langres, á la salida del sol.

más tarde, por encima de las nubes, en la barquilla de un aeróstato. Aquella niebla se extendía sobre la llanura, que las fortificaciones dominan en 140 metros.

Antes de la salida del sol, la negra silueta del Jura y de los Alpes se dibuja en el lejano horizonte, y a veces el Mont-Blanc es perfectamente visible con una limpieza como la del corte producido por un sacabocados. Varias veces lo he dibujado. La distancia del Mont-Blanc a Langres es de 249 kilómetros y la altura de la ciudad es de 475 metros. Se ha discutido el hecho, pero el cálculo me ha mostrado que es indiscutible, a pesar de la corta esfericidad de nuestro globo.

M. Janssen, que acababa de crear un observatorio en la cumbre del Mont-Blanc, publicó un día uno de estos croquis de mi infancia. Fué en la sesión de la

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BILBAO

Sociedad astronómica de Francia del 1º de diciembre de 1897, y este croquis había sido hecho en el mes de marzo de 1854. La cumbre más elevada de este perfil es Mont-Blanc (4.810 metros), y el de la izquierda es el Monte Maldito (4.471). Sobre la pendiente derecha del Mont-Blanc, una ligera eminencia corresponde á la aguja del Bionnasset (4.060).

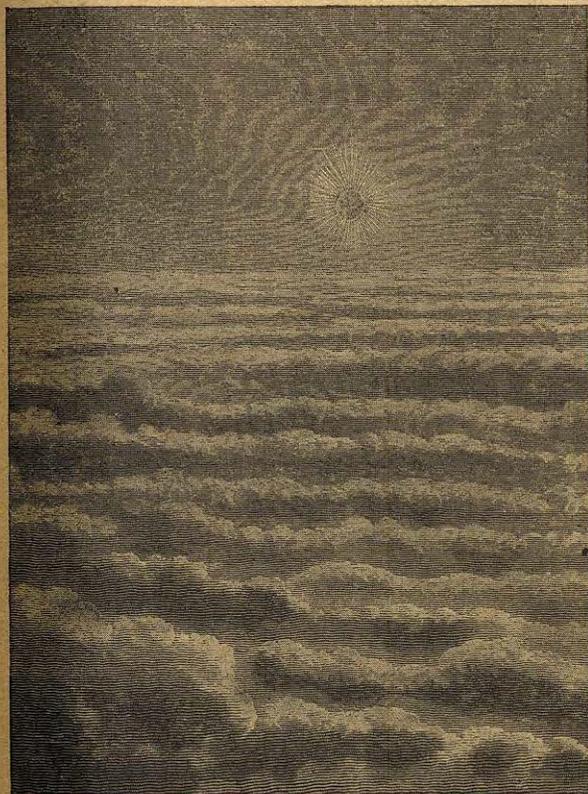
Una vez salido el sol, la pantalla negra del fondo que se perfilaba sobre el cielo claro y dibujaba el perfil del Mont-Blanc, desaparece enteramente. Algunas veces, se dice, se le ve rosa, bastante distintamente; por lo que a mí toca, nunca lo he visto sino bajo el aspecto del perfil negro.

La historia natural me interesaba. En un jardín de la casa en que yo estaba de pensión, me dediqué a seguir las curiosas metamorfosis de los insectos. Aquellas crisálidas de cabezas de momia me habían intrigado soberanamente, y estudiaba en detalle la formación de los capullos, el despertar de la crisálida y el nacimiento de las mariposas. Una de mis grandes sorpresas fué haber descubierto una caja que contenía lombrices, olvidada por un pescador y, al abrirla, encontrar en ella preciosísimas moscas.

Yo veía en aquello un espectáculo emocionante. La larva había desaparecido y había sido reemplazada por el insecto alado. ¿No es ésta una imagen de Psyché y de la resurrección del alma más allá de la tumba?

Mi vida de estudiante era pues bastante diversa. A los estudios clásicos y a la instrucción religiosa se añadían ciertas distracciones interesantes, sobre todo la de la historia natural. La enseñanza cosmo-gráfica era muy rudimentaria y se limitaba casi a los

primeros mapas del atlas del abate Drioux, de Langres. Por otra parte, un acontecimiento de cierta



Superficie de la niebla, vista desde las fortificaciones de Langres al salir el sol.

importancia para todos los niños cristianos se preparaba para mí.

El año 1854 fué el de mi primera comunión.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 DE LA UNIVERSIDAD DE BARRAJA
 U. A. N. I.